

MIGUEL BALLESTA

En su memoria

por José Antonio García

"Verdaderamente, existen formas de placer que no se explican, que no se circunscriben, que presentan su carta de naturaleza, de identidad, en razón de las circunstancias, de las épocas, de la edad, del medio, pero, sobre todo, de las personas que las hicieron posible".

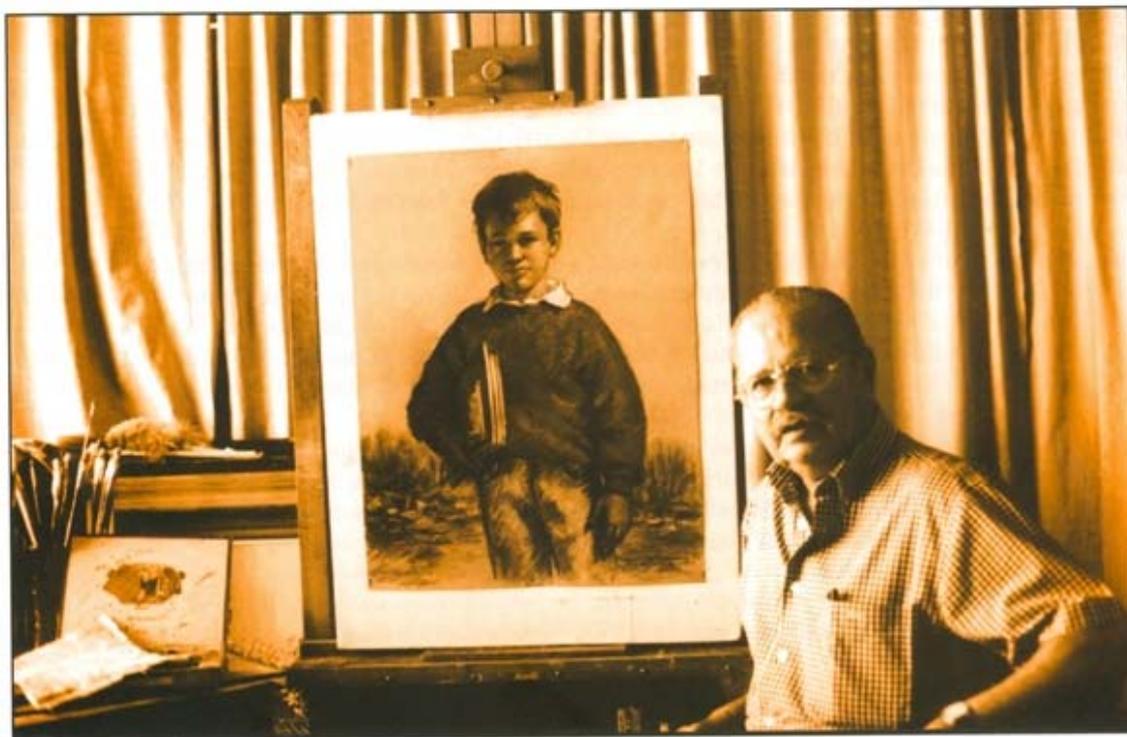
La cita, de ayer mismo,-¡ quién lo diría!-, cobra ahora para mí, aunque en contexto nunca deseado, una inesperada vigencia. Quiero decir que la reproduzco tal cual y, cómo no, con la entrega que lo hice aquella tarde-noche, -verano del 97-, en sentido y compartido homenaje a Miguel Ballesta.

No puedo evitar, sin embargo, por más que verdaderamente existan formas de placer que no se expliquen, que este último, a falta de la presencia viva de Miguel, sea posible sólo en la desnuda claridad del recuerdo.

Artista completo como era, hay que detenerse, además, en sus conocimientos e impresiones acerca de la poesía, de la escultura, de la música..., para captar la riquísima gama de sus intuiciones, la fuerza de su técnica, la calidad, en suma, de su personalísimo lenguaje.

Fueron muchos los días, los momentos. Y aún están frescos, olor a óleo, a pan caliente, a membrillo, a crepúsculo, a jazmín, a cobre, a mirada, sensaciones primeras -no únicas- de los cuadros de Ballesta, abierto siempre su corazón a la amistad, lienzo y palabra en espontánea armonía, en aquel estudio suyo bajo el médano, entre la mar y los geranios.

Hablábamos, digo, de emoción, Mazagón todo como motivo en lo que era para él un sistema completo de relaciones, de mundo sensible al ritmo de lo indefinible, ganada la belleza, pincelada a pincelada, por el libre movimiento de creación del pintor.



Agradar, como oficio natural del arte, pero conmoviendo, esto es, dando posibilidad al asombro, fue, asimismo, respuesta honda, emanada de aquel mundo interior tan rico, tan impregnado de resonancias últimas, de duende.

No sé cuantas veces crucé el patio de su casa, el cielo y la mar como conceptos proyectados hacia el infinito a través de todas y de cada una de las interpretaciones del maestro.

Hay que aprender -insisto- de lo que fue su cálida compañía -Jesús Pérez, Manuel Quintero, Elena Balbuena, Francisco Garfias, Rafael Rodríguez, Juan Drago, Odón Betanzos..., lo saben-, para entender luego lo que Miguel Ballesta ha sido capaz de dejarnos.

Artista completo como era, hay que detenerse, además, en sus conocimientos e impresiones acerca de la poesía -Juan Ramón Jiménez y Lorca fundamentalmente-, de la escultura, de la música..., para captar la riquísima gama de sus intuiciones, la fuerza de su técnica, la calidad, en suma, de su personalísimo lenguaje.

Hay, finalmente, que agradecer su talante ante la vida, su profundo respeto a todas las convicciones. Fue Miguel Ballesta hombre creyente, de sencilla y arraigada fé cristiana. La noche misma de su homenaje, la propia figura del arcángel San Miguel la vimos dibujada en nuestra conversación como deseada posibilidad, como "conciencia con alas" desde los cimientos de la fé evangélica. Ya hemos podido comprobar -y aceptar- que el tiempo venía raudo en su vuelo, mensaje en mano, decisión irrevocable, solución definitiva para quienes buscábamos una salida razonable, tregua prolongada al menos, a la lucha de Miguel contra la enfermedad. No pudo ser. Es evidente que los designios de Dios, que son otros, marcaron el camino. Esta misma orilla que, en la letanía de la duda, continúo pisando. El mismo recorrido que él hiciera para que, ahora, ya descifrada la música de las olas, le haya permitido, como decía aquella voz amiga, "retratar la cara de Dios".

Agradar, como oficio natural del arte, pero conmoviendo, esto es, dando posibilidad al asombro, fue, asimismo, respuesta honda, emanada de aquel mundo interior tan rico, tan impregnado de resonancias últimas, de duende.

No sé cuantas veces crucé el patio de su casa, el cielo y la mar como conceptos proyectados hacia el infinito a través de todas y de cada una de las interpretaciones del maestro.

Hay que aprender -insisto- de lo que fue su cálida compañía -Jesús Pérez, Manuel Quintero, Elena Balbuena, Francisco Garfías, Rafael Rodríguez, Juan Drago, Odón Betanzos..., lo saben-, para entender luego lo que Miguel Ballesta ha sido capaz de dejarnos.

Artista completo como era, hay que detenerse, además, en sus conocimientos e impresiones acerca de la poesía -Juan Ramón Jiménez y Lorca fundamentalmente-, de la escultura, de la música..., para captar la riquísima gama de sus intuiciones, la fuerza de su técnica, la calidad, en suma, de su personalísimo lenguaje.

Hay, finalmente, que agradecer su talante ante la vida, su profundo respeto a todas las convicciones. Fue Miguel Ballesta hombre creyente, de sencilla y arraigada fé cristiana. La noche misma de su homenaje, la propia figura del arcángel San Miguel la vimos dibujada en nuestra conversación como deseada posibilidad, como "conciencia con alas" desde los cielos de la fé evangélica. Ya hemos podido comprobar -y aceptar- que el tiempo venía raudo en su vuelo, mensaje en mano, decisión irrevocable, solución definitiva para quienes buscábamos una salida razonable, tregua prolongada al menos, a la lucha de Miguel contra la enfermedad. No pudo ser. Es evidente que los designios de Dios, que son otros, marcaron el camino. Esta misma orilla que, en la letanía de la duda, continúo pisando. El mismo recorrido que él hiciera para que, ahora, ya descifrada la música de las olas, le haya permitido, como decía aquella voz amiga, "retratar la cara de Dios".

Agradar, como oficio natural del arte, pero conmoviendo, esto es, dando posibilidad al asombro, fue, asimismo, respuesta honda, emanada de aquel mundo interior tan rico, tan impregnado de resonancias últimas, de duende.

No sé cuantas veces crucé el patio de su casa, el cielo y la mar como conceptos proyectados hacia el infinito a través de todas y de cada una de las interpretaciones del maestro.

Hay que aprender -insisto- de lo que fue su cálida compañía -Jesús Pérez, Manuel Quintero, Elena Balbuena, Francisco Garfias, Rafael Rodríguez, Juan Drago, Odón Betanzos..., lo saben-, para entender luego lo que Miguel Ballesta ha sido capaz de dejarnos.

Artista completo como era, hay que detenerse, además, en sus conocimientos e impresiones acerca de la poesía -Juan Ramón Jiménez y Lorca fundamentalmente-, de la escultura, de la música..., para captar la riquísima gama de sus intuiciones, la fuerza de su técnica, la calidad, en suma, de su personalísimo lenguaje.

Hay, finalmente, que agradecer su talante ante la vida, su profundo respeto a todas las convicciones. Fue Miguel Ballesta hombre creyente, de sencilla y arraigada fé cristiana. La noche misma de su homenaje, la propia figura del arcángel San Miguel la vimos dibujada en nuestra conversación como deseada posibilidad, como "conciencia con alas" desde los ciementos de la fé evangélica. Ya hemos podido comprobar -y aceptar- que el tiempo venía raudo en su vuelo, mensaje en mano, decisión irrevocable, solución definitiva para quienes buscábamos una salida razonable, tregua prolongada al menos, a la lucha de Miguel contra la enfermedad. No pudo ser. Es evidente que los designios de Dios, que son otros, marcaron el camino. Esta misma orilla que, en la letanía de la duda, continuó pisando. El mismo recorrido que él hiciera para que, ahora, ya descifrada la música de las olas, le haya permitido, como decía aquella voz amiga, "retratar la cara de Dios".